

El renacimiento de la biopolítica

Notas para un balance

*Pablo Esteban Rodríguez**

Resumen

La noción de *biopolítica*, acuñada por Michel Foucault para explicar la relación entre política, cuerpo y vida, se transformó en uno de los campos más extendidos del pensamiento filosófico y político. Esta fecundidad se expresa en la publicación reciente de los cursos que Foucault le dedicó al tema, en la diversidad de enfoques desarrollada por los autores que la estudian actualmente y en las aplicaciones que permite llevar a cabo merced a las transformaciones notorias de la biología y la medicina en las últimas tres décadas. Este artículo realiza un balance de estas interpretaciones y propone, asimismo, un criterio de demarcación de los fenómenos biopolíticos a la luz de las transformaciones biomédicas mencionadas. A partir de dicho criterio de demarcación se postula la emergencia de nuevos dispositivos biopolíticos: el dispositivo genético, el dispositivo *fitness* y el dispositivo de la salud perfecta.

Palabras clave: biopolítica, gubernamentalidad, cuerpo extendido, ciencias biológicas, modos de subjetivación.

Abstract

The notion of *biopolitics*, coined by Michel Foucault to explain the relation between politics, body and life, became one of the most extended fields of philosophical and political thought. This productiveness is expressed in the

* Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

recent publication of the courses that Foucault dedicated to the subject, in the diversity of approaches developed by the authors who studies it nowadays, and in the applications that allows to make thanks to the well-known transformations of biology and medicine in the last the three decades. This article carries out a balance of these interpretations and also proposes a line of demarcation of biopolitic's phenomena in the light of the biomedical transformations mentioned. From this line of demarcation we postule the emergence of new biopolitic's devices: the genetic device, the fitness device and the device of the perfect health.

Key words: biopolitics, governmentality, extended body, biological sciences, modes of subjectification.

Introducción

La biopolítica es un acontecimiento teórico, uno de los más importantes de las últimas décadas en el pensamiento político y filosófico. Así lo atestigua la cantidad de publicaciones, congresos e investigaciones consagrados a este concepto que ya ha conformado un campo de estudio, en la medida en que posee nociones sistemáticas, reconstrucciones teóricas y aplicaciones empíricas que se vinculan orgánicamente y a la vez se alejan. Al mismo tiempo, semejante despliegue supone una extensión semántica del término que convendría en todo caso precisar, pues cualquier investigador interesado en este nuevo campo podrá observar, sin mucho esfuerzo, que la biopolítica parece designar conceptos y prácticas muy disímiles. La elasticidad de la biopolítica requiere, entonces, un marco que permita trazar los límites provisorios del campo no para cercenarlo y compartimentarlo —algo que iría en contra de este momento de fecundidad del término—, sino para ganar potencia de interpretación y de intervención en lo que hace al otro acontecimiento que la biopolítica vendría a nombrar, y que es la modificación de las relaciones entre cuerpo y vida en las sociedades occidentales contemporáneas. Las transformaciones sorprendentes de la biología y de la medicina han dado lugar a un

sinfín de nuevas prácticas que desestabilizan los modos conocidos de la ética y la moral e inauguran, dentro de ese desequilibrio, nuevas maneras de entender y practicar la política. Después de todo, ese fue el proyecto original de quien inició este campo, el pensador francés Michel Foucault, a partir de la recuperación de este concepto que proviene del siglo XIX (Esposito, 2007:23-72).

Puede decirse, entonces, que la biopolítica es un acontecimiento teórico en la medida en que capta un acontecimiento político, económico y social, que “fuerza a pensar”, como dice Gilles Deleuze, qué tipo de relaciones se entretejen hoy entre la política, el cuerpo y la vida. Entretejer no significa correspondencia unívoca, esto es, afirmar que los cambios en la medicina y la biología entrañan transformaciones en la política, o viceversa. La definición más básica de Foucault al respecto es clara: la *biopolítica* es el ingreso completo del cuerpo y la vida en los cálculos de la política, y esto caracteriza a la modernidad respecto de otros periodos históricos. La política moderna es una política acerca del cuerpo y la vida, y por lo tanto cualquier cambio en la medicina es uno político, así como cualquier cambio político implica modificaciones de las disposiciones de las ciencias biológicas. Es más: existen transformaciones que no son inmediatamente asignables a la medicina, la biología y la política, y que, sin embargo, se manifiestan en ellas. En suma, mantener la distinción entre política y ciencia para reflexionar sobre la biopolítica no sólo distorsionaría el proyecto de Foucault hasta el punto de quitarle su particular energía, sino que también reproduciría un supuesto ya abandonado —al menos en teoría— acerca de saberes que sólo dicen la verdad y poderes que sólo la “utilizan” para diversos fines.

A esta altura del debate sobre la biopolítica, es posible establecer un balance provisorio más allá del que hacen los propios autores que han dedicado obras enteras al tema. Ya se han realizado diversos estados de la cuestión imprescindibles para quienes quieran adentrarse en estas arduas comarcas, como el del filósofo español Javier Ugarte Pérez (2006) y el de dos autores implicados en el debate, Paul Rabinow y Nikolas Rose (2006). Respecto de estos balances, el que se pretende realizar aquí señala algunas diferencias. En primer lugar, la estrategia que se propone aquí no está tan preocupada en efectuar un

relato cronológico del crecimiento del campo, sino en demarcar las líneas de fuerza que lo recorren, dentro de las cuales sí hay un antes y un después de ciertos aspectos de la biopolítica, pero no vinculados a la sucesión de autores, sino a la de problemas. En segundo lugar, este balance pone en escena ciertas tendencias de investigación que no han sido integradas en los trabajos citados, ya sea por su novedad, por los tabiques que aún se imponen a las tradiciones nacionales y regionales de pensamiento, o bien porque no mencionan directamente la palabra *biopolítica*, aunque en realidad estén tratando algunos de sus aspectos fundamentales. En tercer lugar, este balance agrupa las líneas de fuerza y las tendencias de investigación en una serie de puntos que sólo son distinguibles para la exposición secuencial de la problemática, pero que en realidad son diversos aspectos de un mismo problema general, vinculado al régimen general de saber-poder implicado en las nuevas definiciones de *política*, *cuero* y *vida* que emergieron en la segunda mitad del siglo XX. Finalmente, a partir de estos puntos será posible establecer cierto criterio de demarcación de lo que cabría entender por biopolítica en la actualidad. En la medida en que se trata de un campo abierto hace pocas décadas, no se podría pretender bajo ningún concepto tomar este criterio de demarcación como punto de partida de una redefinición de la teoría de la biopolítica, sino tan sólo como una “actualización de datos” y una propuesta de pistas para ordenar la reflexión acerca de su proliferación. La propuesta de la emergencia de nuevos dispositivos biopolíticos, como el genético, el *fitness* y la búsqueda de la salud perfecta, apunta a trazar esas pistas.

Una, dos, muchas biopolíticas

En la literatura existente, la mayoría de los problemas relacionados con la biopolítica son derivados de los cursos que Foucault dictó a mediados de la década de 1960 en el Collège de France (*Defender la sociedad, Seguridad, territorio, población y Nacimiento de la biopolítica*) y del volumen 1 de la *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, en la que Foucault presenta el término por primera vez de manera sistemática, poniendo como ejemplo los dispositivos de racismo

y de sexualidad. Dentro de esos cursos, puede decirse que la última lección de *Defender la sociedad*, del 17 de marzo de 1976, señala los ejes de la investigación futura del propio Foucault; a partir de allí, las reinterpretaciones de los autores contemporáneos hacen de la biopolítica un campo prácticamente inagotable. Es preciso enumerar estos planos junto con sus desarrollos posibles.¹

Biopolítica de la población

La biopolítica nació en el siglo XVIII en aquellos países europeos que estuvieron en condiciones de considerar a los seres humanos como sujetos de una estadística, los cuales revelan tendencias generales de su ser conjunto. La complejidad de las mediciones estadísticas (Hacking, 1991) conformó un campo completamente nuevo de intervención de los poderes estatales: la masa, desde el punto de vista social, y la especie, desde el punto de vista biológico. Se trata de “una masa global recubierta por procesos de conjunto que son específicos de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad” (Foucault, 1996a:196). Foucault ubica la transformación decisiva que da nacimiento a la biopolítica en la posibilidad de entender la vida como un proceso moldeable por el Estado, a diferencia de un poder soberano que se manifestaba en el derecho de dar muerte. Este derecho mortífero se ejercía en un ámbito en el que la vida aún no era un elemento específico del poder, pues la mortalidad debida a enfermedades de todo tipo era muy alta. En cierto sentido, las que Foucault llamaba “sociedades de soberanía” estaban atravesadas por un devastador poder de muerte que hacía imposible el establecimiento de algo como la población. Por ese motivo, es imposible separar el crecimiento de la estadística de los cambios ocurridos en la medicina y la biología entre fines del siglo XVIII y principios del XIX.

¹ El curso *Defender la sociedad*, que en francés fue publicado como *Hay que defender la sociedad (Il faut défendre la société)* fue traducido en su integridad por Fondo de Cultura Económica. Sin embargo, aquí utilizaremos una versión anterior que, bajo el título de *Genealogía del racismo*, publicó la editorial Altamira. No hay diferencias sustanciales entre ambas traducciones.

La estabilidad de un objeto como la población sólo será posible a medida que se instaure un poder de hacer vivir, y no simplemente de un “dejar vivir” como correlato de un “hacer morir”. El poder sobre la vida significa, ante todo, el poder de salvar vidas antes condenadas, vidas que son, en definitiva, la base de las tecnologías disciplinarias que Foucault analiza en *Vigilar y castigar*. Por eso Foucault aclara que la biopolítica de la población es una segunda captura del poder sobre la vida, la cual recubre la primera captura sobre el cuerpo, considerado éste como máquina de producir, aprender o curar (Foucault, 2008:131-132).

Biopolítica de la fuerza de trabajo

El nexo entre “anatomopolítica” del cuerpo-máquina y la biopolítica del cuerpo-especie recién mencionada implica que el poder sobre la vida se manifiesta inmediatamente como un estudio de la población en tanto recurso productivo. Las epidemias, por ejemplo, son consideradas “como factores permanentes (y así son tratadas) de reducción de fuerzas, de energías, de disminución del tiempo de trabajo” (Foucault, 1996a:197), lo que lleva a grandes campañas de higiene pública que tienen como objetivo evitar que haya un diezmo de la población y, gracias a ello, continuar el proceso de expansión capitalista. Dicho de otro modo, el poder sobre la vida es un poder directamente económico, pues el cuerpo trabajador es la fuente primordial de la riqueza creada en el proceso de trabajo. La delimitación del nuevo ámbito de la vida, en el que es posible aislar una población, es una fortaleza que adquiere un capitalismo en expansión, que necesita más brazos para la producción.

Esta línea de investigación fue explorada particularmente por filósofos italianos como Antonio Negri, Paolo Virno y Maurizio Lazzarato, entre otros. Frente a las diversas utilizaciones del término *biopolítica* que exploramos en este artículo, Virno es claro y contundente: sólo tiene sentido hablar de biopolítica si se entiende que la vida “se coloca en el centro de la política en la medida en que lo que está en juego es la fuerza de trabajo inmaterial”. La vida, tratada en

los cuerpos, “es el sustrato de una facultad, la fuerza de trabajo, que ha asumido el carácter de mercancía” (Virno, 2002:87-88). En este sentido, y más allá de sus diferencias, estos autores se basan en la distinción que estableció Gilles Deleuze entre las sociedades disciplinarias y las sociedades de control (Deleuze, 1999). En las sociedades de control, la fuerza de trabajo no es tanto el cuerpo del trabajador como su intelecto, esto es, aspectos aún más relevantes de su propia vida que la utilización de sus brazos para la elaboración de bienes. Se trata de “una fuerza laboral intelectual, inmaterial y comunicativa” (Hardt y Negri, 2002:43), que genera un nuevo tipo de acumulación capitalista basada en la economía de servicios, siguiendo algunos puntos de la teoría clásica de la sociedad posindustrial. De acuerdo a esta corriente, el vínculo estrecho entre el cuerpo-máquina y el cuerpo-especie que encontró Foucault en el siglo XIX se ha trastocado en las últimas décadas en el nexo entre un cuerpo-máquina productora de signos, o incluso un cerebro puesto a producir significaciones (Lazzarato, 2006), y una vida abordada en su totalidad por el simple hecho de que se requieren de todas las capacidades intelectivas y emotivas del trabajador, desdibujando la distinción entre tiempo de vida y tiempo de trabajo. Por lo tanto, las mutaciones del capitalismo en la actualidad estarían señalando una intensificación de la biopolítica que debe ser explicada conjuntamente con las características de las sociedades de control (Rodríguez, 2008a).

Biopolítica de la seguridad

Por otro lado, la biopolítica debe asegurar la continuidad de la población, además de incrementarla y tomarla como factor productivo. En este sentido, la biopolítica consta, desde el siglo XIX, de “mecanismos reguladores que, en una población global, puedan determinar un equilibrio, conservar una media, establecer una especie de homeostasis, asegurar compensaciones”, que no son otra cosa que “mecanismos de seguridad en torno de todo lo que haya de aleatorio en las poblaciones vivientes” (Foucault, 1996a:199). En este sentido, el modelo del estado de bienestar es la culminación de este modo

de establecimiento de regulaciones bajo la categoría de “seguridad”, comenzando por la seguridad social. Por esto mismo, Hardt, Negri, Lazzarato y Virno observan que dicho modelo, máximo alcance del poder disciplinario, es también el punto de apoyo de un nuevo despliegue biopolítico de tipo estatal que preparará el terreno para la constitución de la fuerza de trabajo inmaterial. Ahora bien, el propio Foucault continuó esta senda en los cursos posteriores, *Seguridad, territorio, población y Nacimiento de la biopolítica*, aportándole otras características. Una de ellas es la necesaria correspondencia entre la seguridad y la libertad, esto es, el hecho de que la seguridad mantenga lo aleatorio dentro de un rango móvil de posibilidades que, precisamente por no ser muy limitadas, permitan un espectro medianamente libre de acciones. La seguridad “deja hacer” (Foucault, 2006a: 67), de manera que su producción es conjunta con la de la libertad. Es muy importante subrayar que, desde este punto de vista, el liberalismo es para Foucault, más que una doctrina política y económica, un arte de gobernar propio de la biopolítica moderna. Este arte se basa en una idea de libertad muy precisa: el principio de una mínima intervención de los poderes en aquello que se regula “naturalmente”. Cuando tal regulación no funciona, interviene el marco securitario, pero no para anular esa libertad, sino para resituarla dentro de los parámetros que permitan continuar regulando lo aleatorio de las poblaciones. En definitiva, el liberalismo es equiparado con un naturalismo que, ya a mediados del siglo XVIII, buscaba contrarrestar el “exceso de gobierno” de las sociedades de soberanía; un naturalismo que recubre —así como la biopolítica de la especie lo hacía respecto a la anatomopolítica del cuerpo-máquina— el despliegue de las sociedades disciplinarias. Esta codeterminación entre libertad y seguridad se establece por “ese régimen gubernamental denominado liberalismo”, gracias al cual se podrá “captar qué es la biopolítica” (Foucault, 2007:41).

Biopolítica del medio ambiente y del público

Otro ámbito propio de la biopolítica son “las relaciones entre los seres humanos como especie, como seres vivientes, y su ambiente de

existencia”, dentro de las cuales se estudia “los efectos elementales del ambiente geográfico, climático, hidrográfico y los problemas conexos” (Foucault, 1996a:197-198). En las primeras clases de *Seguridad, territorio, población*, Foucault explica que mientras la soberanía se ocupa del territorio, y la disciplina de un espacio cerrado donde los elementos se distribuyen funcional y jerárquicamente, la seguridad busca acondicionar un medio para que se produzca en éste la circulación de esos mismos elementos en un territorio que ya no está limitado por la lógica de la soberanía.² La seguridad se vincula con la circulación tal como se relaciona con la libertad; por ello el *laissez faire, laissez passer* liberal es una clave de inteligibilidad de la biopolítica para Foucault.

En una cita sorprendente de Jean-Baptiste Moheau, quien fue “el primer gran teórico de lo que podríamos llamar la biopolítica”, en un texto de 1778 se puede leer que “depende del gobierno cambiar la temperatura del aire y cambiar el clima”, pues “un curso dado a las aguas estancadas, bosques plantados o quemados, montañas destruidas por el tiempo o el cultivo constante de su superficie forman un nuevo suelo y un nuevo clima” (Foucault, 2006a:42-43). Esto quiere decir que la biopolítica no se dirige apenas a la vida de los hombres bajo la categoría de población, sino que apunta también a todo lo que influye en ella, o sea, intenta modelar la vida de todos los seres incluidos en un ambiente dado. Este carácter ambiental que muestra la biopolítica desde el siglo XVIII fue retomado con especial énfasis por el filósofo alemán Peter Sloterdijk, sin necesidad de citar a Foucault, a partir de la influencia que desde inicios del siglo XX tiene el ambiente en las estrategias bélicas, tanto en la guerra convencional como en los ataques terroristas (Sloterdijk, 2003). Según Sloterdijk, una de las características de la modernidad es el acondicionamiento del aire y de otros factores climáticos para organizar determinado

² Esta distinción entre soberanía, disciplina y seguridad refuerza la equiparación entre sociedades de seguridad (Foucault) y sociedades de control (Deleuze), pues estas últimas serían un tercer momento luego de las sociedades de soberanía y las sociedades disciplinarias. Pero la refuerza, no la justifica en absoluto, porque el tipo de problemas que plantea Deleuze, por ejemplo, respecto a la crisis del encierro y la influencia de las tecnologías informáticas en ésta, dista de los planteados por Foucault a propósito de la seguridad.

tipo de vida, entendida ésta como relación entre hombres, animales y objetos técnicos.

Ahora bien, además de hombres, animales, hechos naturales y artificiales, existe en estos teóricos de la biopolítica, dentro de la concepción soberana del poder, una preocupación especial por las palabras que pronuncian esos hombres. La población no es entonces un fenómeno únicamente biológico en su constitución, sino que también incluye “el punto de vista de sus opiniones, sus maneras de hacer, sus comportamientos, sus hábitos, sus temores, sus prejuicios, sus exigencias”: la población se convierte en público (Foucault, 2006a:102). Hacia el final de *Seguridad, territorio, población*, Foucault equipara la gestión del público a la lógica de la libertad-seguridad, pues en el tópico soberano de la razón de Estado, lo que se llamará “la opinión pública” debe ser manipulada no sólo para imponer “una serie de creencias verdaderas o falsas”, también para modificarla y con ello moldear el comportamiento del público como multiplicidad de sujetos políticos y económicos (Foucault, 2006a:323). Y en realidad, el juego de la opinión pública según la visión liberal debe darse en la elasticidad de esas creencias dentro de ciertos parámetros, no en la simple imposición.

Maurizio Lazzarato encuentra en esta noción bifronte de población-público un punto de apoyo para desplegar una tesis específica sobre las sociedades de control. Según Lazzarato, la expansión de las tecnologías de comunicación –tecnologías de “acción a distancia”, según Gabriel Tarde– supuso ya en las últimas décadas del siglo XIX un cambio en la relación entre disciplina y biopolítica. Por un lado, se hizo patente la imposibilidad de “controlar” de modo soberano la opinión pública; por el otro, la población-público se fue convirtiendo en un concepto específico para designar grupos sociales que, más allá de las categorías clásicas de masa y clase, se constituyen “a través de su presencia en el tiempo” (Lazzarato, 2006:92). Las tecnologías de acción a distancia modulan de manera continua la memoria de los acontecimientos hasta el punto de ser, ellas mismas, “dispositivos capaces de intervenir en el acontecimiento”, allí donde las disciplinas, como reconocía Foucault, se constituían en el espacio buscando anular el acontecimiento. Por lo tanto, cuando Foucault habla de público

ya en las postrimerías del siglo XVIII, aun antes de la expansión de los medios de comunicación, está señalando un proceso que no se limita a lo biológico, como la biopolítica, y que puede ser descrito como *noopolítica*: conjunto de las técnicas de control que “se ejerce sobre el cerebro, implicando en principio la atención, para controlar la memoria y su potencia virtual” (Lazzarato, 2006:100). Las tecnologías de información, en la segunda mitad del siglo XX, provocan un salto cualitativo en esta “acción a distancia”, del mismo modo en que, para Negri y Virno, la biopolítica explota en sus campos de aplicación al tomar toda la vida del trabajador en tanto entidad cognitiva. En este sentido, el desarrollo de Lazzarato añade una nueva dimensión al vínculo entre biopolítica y sociedades de control planteado por Negri y Virno. Al considerar el gobierno de los seres humanos como el gobierno de su ambiente en tanto conforman una especie, la propia razón gubernamental tuvo que habérselas con un tipo de seres vivos que, en sus procesos de producción, circulación y consumo, también dan sentido a lo que hacen. Si hay que cambiar el clima, como decía Moheau, también hay que cambiar la opinión. Esta lógica de poder traspasa sin problemas el bloqueo planteado por los teóricos de la soberanía y se transforma, dentro del liberalismo, en un verdadero motor de la política, no entendida —es necesario repetirlo— como discusión de ideologías, sino como gestión integral de las vidas humanas a través de sus cuerpos y sus cerebros.³

Biopolítica de la sexualidad y del racismo

Hacia el final de la clase del 17 de marzo de 1976, Foucault presenta los aspectos más conocidos e inmediatamente comprensibles de la biopolítica, que luego desarrollará en *La voluntad de saber*.⁴ En el

³ No quiere decir esto que las ideologías no tengan que ver con esa gestión. Simplemente se intenta retratar lo más contundentemente posible la posición del propio Foucault y de quienes, al reinterpretarlo, trasladan esa misma posición a su pensamiento.

⁴ Hay que destacar que *La voluntad de saber* es la única obra escrita consagrada por Foucault a la biopolítica. El resto de los libros publicados son sus cursos. De alguna manera este dato sirve para comprender los múltiples vaivenes foucaultianos de la década de 1970

caso particular del dispositivo de sexualidad, Foucault encuentra una complementación entre tecnologías anatomopolíticas y biopolíticas que tiene además como efecto más duradero erigir el sexo como punto de anclaje de la verdad acerca del sujeto. Para una época como la del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, preocupada por la herencia biológica y la perspectiva de una degeneración de la especie humana, el sexo se convierte en un blanco privilegiado porque es allí donde se juega el destino de la transmisión hereditaria.

Controlar el sexo es de algún modo controlar a la población futura a partir de la presente, y por ello la sexualidad está directamente referida al primer tipo de biopolítica definida aquí, la de la posibilidad de aislar y cuidar un fenómeno específico: el de la vida. Sin embargo, al igual que el esquema de la libertad-seguridad presente en el tema del público, la sexualidad es algo modular y medular para los propios sujetos: modular, porque no se trata simplemente de prohibir, sino de regir las prácticas de acuerdo con ciertos parámetros móviles; y medular, porque para Foucault, en abierta y amplia referencia al psicoanálisis, la sexualidad está en el núcleo de lo que los sujetos dicen y piensan acerca de sí mismos. El sexo es mecanismo de control, variación continua y también, sobre todo, mecanismo de subjetivación. Es una unidad artificial en la que conviven “elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres”; una aspiración a decir la verdad “científica” del sujeto merced a la vecindad con las ciencias biológicas de la reproducción, y una instancia de supuesta exterioridad respecto del poder que querría controlar la sexualidad, cuando en realidad ella es la que nos libera (Foucault, 2008:147).⁵

Por otro lado, Foucault encuentra en el racismo el modo de imponer una “cesura” en la población, entre los que deben vivir y los

respecto de este tema. Podría decirse que la biopolítica es un concepto desarrollado en un *work in progress*, que a pesar de su carácter provisorio y cambiante se transformó en una fuente inagotable de reinterpretaciones por su potencia específica.

⁵ Foucault se enfrentó explícitamente con teorías como las de Herbert Marcuse y Wilhelm Reich, que afirmaban la sexualidad como espacio de liberación; al mismo tiempo su idea de sexo lo condujo a una polémica virulenta con su amigo y compañero intelectual Gilles Deleuze.

que deben morir. Parece ser el retorno del viejo poder soberano de hacer morir y dejar vivir, pero en realidad es algo distinto. Se trata de hacer morir para hacer vivir. La muerte de unos supone la mejor vida de otros. “La muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o del inferior) es lo que hará la vida más sana y más pura” (Foucault, 1996a:206). Para Foucault, el nazismo, lejos de representar una ruptura en la modernidad política, es la culminación paroxística del biopoder en sus dos caras, la anatomo y la biopolítica. Dentro de ésta, fue además el régimen que culminó la estatalización del racismo de larguísima data en Europa y, de esa manera, reactivó el poder de muerte que nunca estuvo ausente del poder sobre la vida.

Giorgio Agamben propuso una interpretación diferente del régimen nazi, dando lugar a otra faz de la biopolítica. En un análisis muy citado, Agamben apunta al campo de concentración como el espacio particular de creación de algo que no es ni vida ni muerte, a lo que llamará “nuda vida”. Con base en testimonios de sobrevivientes como Bruno Bettelheim y Primo Levi, Agamben afirma que el campo de concentración produce un tipo de seres en los que la dignidad humana está directamente en juego, de manera tal que si viven, no es exactamente una vida la que llevan adelante, y si se les da muerte, no se los mata en sentido estricto (Agamben, 2000). Esto equivale a señalar que, además del poder sobre la vida y la muerte, el régimen nazi expresó un poder sobre una vida desnuda que no es ni vida ni muerte, un tipo de ser frente al cual no se sabe si se lo “hace vivir” o se lo “hace morir”. Junto con esta figura fundamental de la nuda vida, Agamben extiende su análisis más allá del nazismo; observa que el poder soberano nunca dejó de actuar como tal, en contra de lo que el propio Foucault planteó en sus primeros cursos sobre biopolítica, y que es su estructura, y no su realización histórica, lo que está todo el tiempo en escena. La figura del *homo sacer* —de lo sacrificable que en realidad no es sacrificado como tal, de lo insaclicable aunque posible de ser matado— expresa el paradigma de la soberanía que, en la modernidad, se manifiesta como la proliferación de los estados de excepción, situaciones en las cuales las democracias occidentales se ponen en suspenso en nombre de, entre otras cosas, la seguridad.

El campo de concentración, dice Agamben, es el espacio que se instaura cuando la excepción pasa a convertirse en regla, y en tanto tal, más que un fenómeno, es un concepto que encuentra cada vez más manifestaciones temporales particulares, como las cárceles de Guantánamo, las zonas de embarque de los aeropuertos, los lugares de detención de inmigrantes en algunos países de Europa, etc. Por lo tanto, la biopolítica siempre está escoltada por una tanatopolítica, un poder de muerte, que es además un poder de generación de nuda vida. La cesura en la población ya no será solamente la que separa a los que deben vivir de los que deben morir, también la que circunscribe a aquellos que se los puede dejar morir, porque no mueren exactamente. La perspectiva de la tanatopolítica es compartida por Roberto Esposito, que se detiene en las teorías de la inmunidad en el derecho, la religión y la biología para explicar los mecanismos de constitución de esa aparente paradoja enunciada por Foucault: para que algunos vivan, otros deben ser asesinados. La inmunización mediante el crimen sería el precio a pagar para que la vida continúe (Esposito, 2005).⁶

En estas cinco líneas de las muchas posibles en relación con el problema de la biopolítica, lo primero que se hace patente es que Foucault ha construido con ella un verdadero caleidoscopio. A fines del siglo XVIII, en las postrimerías de las sociedades de soberanía, se constituyen de manera conjunta un cuerpo-máquina disciplinario y un cuerpo-especie biopolítico que lo rodea y a la vez se alimenta de él, si asumimos que tal conjunción se da en el marco de la emergencia del capitalismo. Sin embargo, en ese mismo momento, ciertos pensadores preocupados por la continuación del poder soberano alumbran reflexiones sorprendentes sobre la libertad y la seguridad, sobre la opinión pública y el ambiente, reflexiones que serán centrales para otro tipo de poder que, siendo biopolítico, Foucault relacionará con el liberalismo y el neoliberalismo. Por otro lado, las nociones

⁶ De todas maneras, Esposito considera que Agamben termina por ontologizar, bajo el paradigma de la soberanía, aquello que Foucault situaba en un punto de vista histórico preciso, pues aunque algunas formas del poder soberano parecieran seguir presentes en la biopolítica moderna, no se puede desconocer que lo están en forma subordinada a un poder sobre la vida que se erigió entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

de *raza* y de *sexo* se imbrican en la autocomprensión de esas vidas que a partir de ese momento constituyen una población. Es como si Foucault volviera una y otra vez sobre el nacimiento de la biopolítica y la encontrara siempre cambiada, hasta el punto en que, obligándose a hablar de ese mismo nacimiento, manifieste que ya no tiene nada definitivo que decir, dejando la cuestión abierta para el futuro.⁷

Ahora bien, estas líneas de investigación de la biopolítica oscilan entre dos polos. El primero, el biológico, se caracteriza por un entrelazamiento de las ciencias de la vida con los discursos y prácticas de los poderes. Hacia el final de la clase del 17 de marzo de 1976, Foucault sitúa la teoría de la evolución y su discurso derivado, el evolucionismo, como el efecto principal de la biología que le brinda una configuración específica a la biopolítica del siglo XIX y parte del XX. ¿Qué es la sociedad, por qué y de qué “hay que defenderla”, como reza el título del curso de 1975-1976 en su edición francesa? La sociedad es ante todo una población que se constituye en relación con un ambiente. Aquellos individuos que pueden reproducirse serán los “más aptos” para tener una descendencia que sea capaz de sobrevivir a las modificaciones ambientales, de lo contrario se operará la “selección natural”. Ahora bien, como la población de seres humanos no está sometida a una ley anónima, sino que crea esa ley, puede realizar una “selección artificial” que evite a toda costa el debilitamiento de la especie. Esta es la razón por la que la biopolítica incluye, en todo el arco del siglo XIX, mecanismos positivos de reproducción (dispositivo de sexualidad) conjuntamente con prácticas negativas de eliminación de quienes no deben reproducirse (racismo) y, rodeándolos, una serie de regulaciones tendientes a reconstruir el ambiente (dado que el ser humano constituye una especie que modifica el medio, no sólo se adapta a él) y a delimitar el campo de lo decible y lo enunciable (pues el ser humano, además de modificar el ambiente, también le

⁷ Clase del 7 de marzo de 1979 de *Nacimiento de la biopolítica*: “Les aseguro que, pese a todo, en un comienzo tuve en verdad la intención de biopolítica, pero después, como las cosas son lo que son, resulta que terminé por hablarles extensamente –demasiado extensamente, tal vez– del neoliberalismo, y además del neoliberalismo en su forma alemana” (Foucault, 2007:217). Foucault ya no tratará este tema en ese curso y en los siguientes se centrará en la gubernamentalidad.

asigna sentido a sus acciones, a diferencia del resto de las especies). Por esa razón la biopolítica puede prolongarse en una tanatopolítica y una noopolítica. Es la especificidad del ser humano como alguien que vive, trabaja y habla, la que hace que lo inmediatamente biológico se traduzca en disposiciones políticas y sociales que cuidan la vida por medio de la muerte.⁸ En este sentido, como muestra Foucault en la misma clase (25 de enero de 1978) en que presenta el concepto de *público*, la biopolítica, como política evolucionista de la vida, es correlativa de la episteme moderna tal como la describió en *Las palabras y las cosas*.

En la clase siguiente de *Seguridad, territorio, población*, Foucault muestra el otro polo de su investigación en biopolítica, la noción de *gubernamentalidad*. Una vez más, vuelve sobre sus pasos para hacer borrón y cuenta nueva: quizá el título del curso no sea ajustado, dice, porque “lo que querría hacer ahora, si tuviera verdadero interés en hacerlo, es algo que llamaría una historia de la ‘gubernamentalidad’” (Foucault, 2006a:135-136). Que tuvo realmente el interés de hacerlo, y de reordenar la problemática de la biopolítica dentro de la cuestión de la gubernamentalidad, queda comprobado en *Nacimiento de la biopolítica*, donde a renglón siguiente de su admisión sobre la escasa utilización del término *biopolítica*, plantea que lo que intenta estudiar en estos dos cursos es “la manera de conducir la conducta de los hombres”, tal es la definición de gubernamentalidad. Si en *Seguridad, territorio, población* la gubernamentalidad es un asunto de Estado, en *Nacimiento de la biopolítica* se extiende a todas las relaciones de poder, para las cuales este concepto se transforma en una “grilla de análisis [...] válida a la hora de analizar el modo de encauzar la conducta de los locos, los enfermos, los delincuentes, los niños”, y también para

⁸ Esto no es privativo del nazismo como culminación del poder de muerte en relación con la máxima regulación posible de la vida. También forma parte de la lógica del estado de bienestar en su constitución histórica, en plena Segunda Guerra Mundial. El Plan Beveridge inglés, por ejemplo, es un caso paradigmático de intervencionismo social y económico rodeado de un pacto de guerra inicial que dice: “Ahora les pedimos que se hagan matar, pero les prometemos que, si hacen eso, conservarán sus empleos hasta el fin de sus días” (Foucault, 2007:251). En breve analizaremos otros aspectos del Plan Beveridge, que empujan la biopolítica a una nueva composición.

estudiar “fenómenos de una escala muy distinta, como, por ejemplo, una política económica, la administración de todo un cuerpo social, etcétera” (Foucault, 2007:218).

Con este desplazamiento, Foucault hace rotar la biopolítica hasta convertirla en un nuevo eje dentro de su genealogía del poder. Por un lado, hallamos la anatomopolítica como análisis de las relaciones de poder en el cuerpo individual; por el otro, la biopolítica como ese mismo análisis aplicado al cuerpo masa, y, atravesando ambas, la gubernamentalidad. Por eso aclara Foucault que no es una cuestión de escalas, que la gubernamentalidad es otro nivel de existencia de lo que antes describió como sujetos de y a la disciplina: los locos, los enfermos, los delincuentes, las instituciones de encierro. La gubernamentalidad es el estudio de las relaciones de poder en lo que tiene que ver con el gobierno; es una actividad que no se limita a la era moderna de la disciplina y la biopolítica, sino que proviene del “gobierno de las almas” cristiano. El gobierno “no se refiere sólo a estructuras políticas o a la dirección de los estados; más bien designa la forma en que podría dirigirse la conducta de los individuos o de los grupos: el gobierno de los niños, de las almas, de las comunidades, de las familias, de los enfermos”. En el análisis de las relaciones de poder, disciplinar o construir una población es también gobernar en el sentido de “estructurar un campo posible de acción de los otros” (Foucault, 2001a:253-254). En los casos que estudió Foucault a lo largo de estos dos cursos –la pastoral cristiana, la razón de Estado, el poder de policía, el liberalismo y el neoliberalismo–, la clave específica de la gubernamentalidad es la relación entre el individuo y el Estado. Como veremos, eso es lo que está en juego en las transformaciones de la biopolítica, entendida como la relación entre política, cuerpo y vida, durante el siglo xx.

Otro nacimiento de la biopolítica

El nacimiento de la biopolítica, de cuyo misterio se sale a través de la gubernamentalidad, puede también ser otro. En todo caso, puede tratarse de un renacimiento. Dos años antes de la publicación de *La*

voluntad de saber y en medio de los cursos en los que plantea por primera vez la cuestión del gobierno (*Los anormales, El poder psiquiátrico*), Foucault dictó una serie de conferencias en Río de Janeiro en las que continuaba la genealogía de la medicina y de la medicalización, temas emblemáticos del nacimiento de su obra (*Historia de la locura en la época clásica, El nacimiento de la clínica*). En una de esas conferencias, tomando como punto de partida el mismo Plan Beveridge que analizará con profundidad en *Nacimiento de la biopolítica*, señala tres tipos de transformaciones. En primer lugar, el Plan Beveridge, anunciado en Inglaterra en 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, consagra el derecho a la salud y prescribe una moral del cuerpo por la cual se puede “estar enfermo cuando se desee y necesite”; de esta manera, la salud se convierte en un asunto político y económico de primer orden. En segundo lugar, los avances en las ciencias biológicas a partir de la expansión de la genética y la inmunología dejan a la medicina en la extraña posición de atentar contra la salud bajo la excusa de fortalecerla, porque su campo de aplicación se extiende al futuro de características esenciales de la especie humana: “un campo de probabilidades y riesgos cuya magnitud no puede medirse con precisión” y que fundan una suerte de “biohistoria”. En tercer lugar, la medicina y la biología ya no podrán tratar únicamente a los seres humanos en su aspecto somático ni en su condición genérica de especie, sino que el acondicionamiento del aire, la distribución del agua, la construcción de viviendas, etc., serán objeto de las disciplinas de la salud (Foucault, 1996b:67-75).

Esto último sin dudas remite directamente a las aspiraciones insólitas de los teóricos de la soberanía que, como Moheau, pretendían que el gobierno controlara el clima. Pero el siglo XVIII no contaba con las “disciplinas de la salud”, las vidas que se podían salvar eran escasísimas y el poder soberano aún se basaba en un derecho de muerte que no estaba incluido en ningún poder sobre la vida. Además, la diferencia entre aquel tiempo y el nuestro se sitúa en lo que anteriormente llamamos la biopolítica de la población. Hay un quiebre decisivo que dispara las prácticas acerca del cuerpo y la vida, pues mientras el Estado antes se encargaba de prescribir de modo autoritario comportamientos para cuidar la vida y de esa manera mantener una

población estable (campañas de higienización, reglamentación de las conductas sexuales, etc.), ahora le indica a los individuos que tienen derecho a luchar por su salud y a los agentes económicos que ese derecho abre una nueva etapa, la de la “economía política de la medicina” (Foucault, 1996a:80). Mientras tanto, en el espacio de la biopolítica de la seguridad gana terreno la noción de *seguridad social* que implica tanto las políticas de pleno empleo como la extensión de las coberturas de salud y jubilación: lo que se conoce clásicamente como el modelo del estado de bienestar. Ya no se trata de un Estado que sólo ordena y manda, sino que también vela por la población más allá de garantizar su existencia puramente biológica. Que tal modelo haya surgido en los años de emergencia del fascismo y del nazismo, que se haya consolidado en medio del máximo poder de muerte ejercido en el siglo XX y que se haya expandido para oficial de zócalo de algunas sociedades de consumo occidentales, muestra a las claras que la propia gubernamentalidad estatal se transformó considerablemente.⁹ Y al hacerlo, impacta de manera directa o indirecta en las líneas de interpretación de la biopolítica mencionadas antes.

El otro aspecto señalado por Foucault en “La crisis de la medicina...”, a saber, la consideración de la genética y la inmunología, merece una consideración especial porque marca un cambio en los efectos de verdad que rigen este renacimiento de la biopolítica, hasta entonces imbricada con las ideas evolucionistas. En los mismos años del Plan Beveridge y del nazismo, se ponen en marcha las investigaciones basadas en la cibernética y la teoría de los sistemas, las cuales se hacen extensivas a las ciencias biológicas. La teoría de la información ingresa de lleno en la explicación y exploración de diversos fenómenos vitales como los de la herencia, dando lugar a la alianza entre genética y biología molecular; los de la inmunología, provocando un salto en la consideración del sistema inmunitario, y los de los proce-

⁹ Es necesario aclarar que no se pretende con esto recubrir bajo el modelo del Estado de Bienestar las historias políticas disímiles de gran cantidad de países, que en algunos casos lo llevaron adelante sin nombrarlo como tal, y mucho antes de que fuera moneda corriente en el hemisferio norte (es el caso de Uruguay en la primera década del siglo XX); en otros, el Estado de Bienestar fue sostenido con fuerza unos pocos años para luego debilitarse bajo la presión temprana de las corrientes neoliberales, como es el caso de Estados Unidos y Gran Bretaña.

tos neurológicos, multiplicando exponencialmente las posibilidades de las neurociencias y las ciencias cognitivas. La vida de los cuerpos es descompuesta en el funcionamiento particular de los genes, las neuronas y los linfocitos. Desde ya, estas unidades mínimas existían en el horizonte de la biología antes de la década de 1940, pero no era concebible el conjunto de procesos que explicaran la relación que se establecería entre ellos gracias a las teorías de la información y de sistemas.

En primer lugar, la genética a nivel molecular logró aislar, para luego modificar, los fenómenos de la herencia por fuera de su manifestación somática. En una extensión de lo que la teoría darwiniana postulaba como la “herencia dura” —esto es, la transmisión genética que no depende de los cambios ocurridos en los cuerpos de los individuos, lo que en sí ya invalidaría, por ejemplo, el valor de verdad de las teorías de la degeneración—, el ADN fue transformado en una sustancia de la herencia que, como tal, funciona según parámetros informáticos: programa, código, memoria (Fox, 2000). En la década de 1970, cuando se descubrió la posibilidad de recombinarlo, el ADN dejó de ser un mero modelo y su alteración abrió un campo inagotable de intervención sobre la vida de todas las especies; basta como ejemplo mencionar la elaboración de seres transgénicos y la clonación, desde bacterias o virus hasta mamíferos superiores. Pero, además, la genética basada en la modificación del ADN permite en la actualidad sostener la idea de una “biblioteca” de la dotación genética de toda una especie, la cual está abstraída, en su totalidad, de cada uno de los cuerpos que la componen en el presente y en el futuro: el Genoma Humano. En segundo lugar, la inmunología llegó a integrar los elementos dispersos de la investigación de las llamadas “defensas” de esos mamíferos, desde las teorías tempranas de Louis Pasteur en el siglo XIX, en el marco de un sistema descrito como un modulador de definiciones sobre lo propio y lo ajeno dentro del cuerpo, un sistema que puede ser alterado en función de las informaciones que procesan justamente los linfocitos, las células “inteligentes” del sistema inmunitario (Haraway, 1995). En la actualidad, la inmunología ha disuelto los límites de los cuerpos permitiendo nada menos que los trasplantes de órganos, las cirugías estéticas y los tratamientos

de las enfermedades autoinmunes y de otras que, como el caso del SIDA, se despliegan dentro del cuerpo modificando sus aptitudes para enfrentar el ambiente. Finalmente, las ciencias neurológicas construyeron una interpretación muy compleja de las interrelaciones entre el nivel eléctrico, químico e informacional de las neuronas y del sistema nervioso central, la cual permite en la actualidad no sólo intervenir en varios tipos de operaciones consideradas en otro tiempo “mentales” –entre ellas las mismas patologías definidas por el “poder psiquiátrico”–, sino también ampliar el campo de las intervenciones quirúrgicas en el cerebro y, fundamentalmente, crear drogas cada vez más específicas, legales e ilegales, que redefinen los vínculos entre lo “biológico” y lo “espiritual” en el ámbito de la psiquis (Ansermet y Magistretti, 2006). Por otra parte, los efectos de la genética, la inmunología y las neurociencias se potencian cada vez más por la relación estrecha que mantienen, especialmente en el establecimiento de los mecanismos hereditarios que podrían explicar ciertos aspectos inmunitarios y neuronales. En este sentido, el gen suele tener la delantera respecto de la neurona y del linfocito como objetos privilegiados de la relación entre cuerpo y vida.

Tanto el gen como el linfocito y la neurona, conjuntamente con otras prácticas biomédicas en las cuales se manipulan entidades tales como los tejidos corporales –que son cultivados fuera del cuerpo– o los óvulos, en el caso de la fertilización asistida, conforman una biopolítica molecular (Rose, 2001:12) que rompe el vínculo entre cuerpo y vida en el que anclaba la biopolítica anterior a este renacimiento. O dicho de otra manera, este vínculo estará de ahora en más mediado por la técnica, de modo que “la relación entre política y vida pasa ahora por un filtro biotecnológico que descompone ambos términos antes de volver a asociarlos en una combinación, material y figurada” (Esposito, 2005:207). En cierto sentido, la biopolítica se convierte en “la gestión técnica de la vida” (Nancy, 2003:117), que es, también, la gestión técnica del cuerpo.¹⁰ La vida desprovista

¹⁰ En *El intruso* (2006), Nancy relata de manera admirable su propio sometimiento a la gestión técnica de la vida luego de la realización de un trasplante de corazón y todos los problemas que ello le acarrea en su vida cotidiana.

de cuerpo no es considerada una vida plena, respetada como algo sagrado, sin convertirse por eso en cosa. Moléculas, células y tejidos pasan a ser seres “más-o-menos-vivos”, “vidas liminales” (Catts y Zurr, 2006:6-7), que están en una suerte de latencia, a la espera de un cuerpo que las aloje o de un medio similar en el cual reproducirse y complejizarse. La barrera que se quiebra entre lo natural y lo artificial permite la expansión tanto de la patentabilidad de seres vivos como de la imagen de una reingeniería. “Ahora todos los procesos vitales parecen consistir en cadenas inteligibles de acontecimientos que pueden ser ‘revertidos en su ingeniería’ y luego reconstruidos en el laboratorio, y modificados de tal modo que puedan redesplegarse de diferentes maneras” (Rose, 2001:16).¹¹ Por otro lado, el cuerpo desprovisto de vida pasa a ser considerado, desde las leyes bioéticas que deben regular, por ejemplo, los trasplantes de órganos, como un material cuya manipulación “permitirá curar y volver a dar vida, crear individuos e incluso inventar nuevas formas de lo humano” a partir de “los líquidos, sustancias y piezas que provienen de seres humanos” (Iacub, 2004:174). Pero no se trata sólo de transferencias entre vidas humanas, sino de la intercambiabilidad de sustancias que están entre lo humano y lo animal –como en la fusión de células–, entre el objeto y lo humano –como en la construcción de tejidos modificados gracias a células humanas– y entre el objeto y lo animal –como en esa misma construcción pero con células animales–, formando un “cuerpo extendido” (Catts y Zurr, 2006:8).

Este cuerpo extendido, constituido por vidas liminales, podría ser una nueva versión de la nuda vida que Agamben encontraba en la lógica concentracionaria. Es una vida que no es vida porque no se la mata si se la deja morir, ni es muerte porque si deja de vivir “nadie” muere, en sentido estricto. De hecho, en la madeja de la bioética liberal que intenta regular estas conflictivas hibridaciones entre animales, hombres y cosas, se destaca la noción de *persona*, que permite trazar la línea de las vidas “que merecen ser vividas”, la fórmula que empleaba precisamente el nazismo en su experimento para constatar

¹¹ Esta imagen corresponde estrictamente a la verdad enunciada por la genética, la inmunología y las neurociencias: la vida es una máquina de procesar información.

hasta dónde llegaba la dignidad humana (Esposito, 2009:141-144). Claro que esta vida desnuda, en la que *bios* (vida política) se encuentra con una *zoé* (vida animal) ya convertida en *techné* (Nancy, 2003:116), difiere en un punto fundamental que ilumina todo un nuevo juego de saber. Según Agamben, la nuda vida de los campos de concentración nazis es expresión de una lógica de la soberanía oculta tras la semántica evolucionista del dispositivo racista, un dispositivo que, de todos modos, debía ser tanatopolítico. En cambio, la nuda vida tecnificada es el resultado de procedimientos de recombinación de elementos humanos, vitales y artificiales. El concepto científico de *información* es lo que permite tal carácter recombinante. De este modo, si las biopolíticas anteriores a la década de 1940 se apoyaban en la verdad del evolucionismo, las actuales se consolidan gracias a un informacionalismo (Rodríguez, 2005).

En cuanto al otro polo de la biopolítica, el de la gubernamentalidad, Foucault explica en la conferencia carioca que el Plan Beveridge transforma la salud en objeto de preocupación del Estado en la medida en que debe garantizar “el derecho del hombre a mantener su cuerpo en buena salud”, lo cual en los hechos invierte los términos en los que se daba la biopolítica hasta entonces: “el concepto de individuo en buena salud para el Estado se sustituye por el del Estado para el individuo en buena salud”; por lo tanto, la salud y el cuerpo “empiezan a tener sus bases de socialización y, a la vez, se convierten en instrumento de la socialización de los individuos” (Foucault, 1996a:67-69). No es extraño, entonces, que unas décadas más tarde, en virtud de las transformaciones de la genética y la inmunología ya anunciadas por Foucault bajo el término *biohistoria*, se identifique una “individualización de las estrategias biopolíticas” (Rabinow y Rose, 2006:204). Ahora bien, siendo la búsqueda de la salud un derecho que debe ser alentado en su ejercicio, y siendo el cuerpo y la vida elementos recombinables de manera indefinida, el cuerpo completamente sano y la vida totalmente saludable tienden a ser inalcanzables. Si no existe expresión alguna de la enfermedad en el cuerpo, es posible que esté agazapada en los genes, lista para expresarse de manera más o menos programada (Foucault, 2007:267). Cuando no se manifiesta, es de todos modos “propensión y tendencia”, porque

“se presenta como inherente y constitutiva de la especie humana” hasta el punto de “redefinir a todos los seres humanos como virtualmente enfermos” (Sibilia, 2005:249). Por eso, para Nikolas Rose, la biopolítica molecular, en el terreno del saber, está rodeada por una biopolítica del riesgo en el ámbito de las estrategias de poder (Rose, 2001:2). Esta biopolítica tiene en su centro a un “individuo genéticamente en riesgo” (Novas y Rose, 2000), que no sólo encuentra el riesgo en sus genes, sino también en el ambiente, en su sistema inmunitario, etcétera.

Con el concepto de *población*, el Estado colocaba a los individuos bajo su tutela en tanto integrantes de una especie. En cambio, el giro biopolítico que observa Foucault supone una transferencia de la responsabilidad del cuidado de la vida desde el Estado a los individuos, bajo la forma de cesión de derechos políticos y beneficios o costos económicos que nunca pueden ser alcanzados definitivamente. La seguridad es reemplazada por el riesgo. Esto marca un correlato con la crisis de la gubernamentalidad, que en el siglo XX aparece con la contraposición entre el modelo de bienestar y el neoliberal. La transferencia al individuo de sus responsabilidades en el cuidado de la vida, la salud y el cuerpo implica que la “seguridad social” es gradualmente reemplazada por la búsqueda del incremento individual del “capital humano”, que tiene componentes innatos, los genéticos, y componentes adquiridos, que es la socialización misma entendida como inversión (Foucault, 2007:267). De este modo, la biopolítica –en el sentido acotado de la relación entre política, cuerpo y vida, dependiente de un tipo de conocimiento específico de la biología– recorre la misma trayectoria que la gubernamentalidad, yendo del estado de bienestar al neoliberalismo. En definitiva, la manera de gobernar la conducta de los otros y de sí mismo se centró durante dos siglos en el Estado, sobre el que confluyeron todos los haces biopolíticos, y eso es lo que se analizó en el curso de *Seguridad, territorio, población*. En cambio, en *Nacimiento de la biopolítica*, se observa cómo, por medio de sucesivas críticas que datan de la década de 1920, el neoliberalismo fue horadando la aspiración de seguridad contenida en el concepto de bienestar hasta reemplazarla por la aspiración de los individuos de realizarse sin trabas puestas a su libertad. Al analizar

este enfrentamiento en términos de “crisis de gubernamentalidad”, Foucault evita conscientemente, *avant la lettre*, la condena al modelo neoliberal y la estimación sin reservas del modelo del bienestar que son corrientes en la actualidad, y por razones sin dudas fundadas.¹² Lo que Foucault está tratando de precisar es la noción de *gobierno* como modo general de establecer el vínculo entre el Estado y los individuos. “Gobernar menos”, según la fórmula liberal del siglo XVIII, no significa la ausencia del Estado a causa del accionar de fuerzas externas, sino la recomposición del gobierno mediante un Estado que cede explícitamente sus atribuciones, como puede verse en el Plan Beveridge a propósito de los amplios derechos a estar enfermo y a gozar de una buena salud. Dicho sea de paso, la misma definición de *salud* de la Organización Mundial de la Salud que data de 1946 (“La salud es un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades”), expande tanto la noción de bienestar que es posible creer que éste no se alcanzará nunca (OMS, 2006:1); tal es el caso del riesgo, individualmente corrido, de vivir.

Nuevos dispositivos

Ahora bien, hasta aquí puede decirse que el renacimiento de la biopolítica se expresa como una correlación –no un nexo causal, que sería no sólo arduo, sino quizá irrelevante– entre una biopolítica molecular en el campo del saber y una biopolítica del riesgo en el del poder. Sin embargo, queda por explicar la especificidad que adquiere el vínculo entre política, cuerpo y vida a causa de la transferencia del cuidado de la salud desde el Estado hacia los individuos. Esta especificidad está dada por modos de subjetivación, “en los cuales los individuos pueden ser llevados a trabajar sobre sí mismos, bajo

¹² En otro texto, Foucault dice que en el modelo de la seguridad social “la necesidad de la salud (tal como hoy es percibida) no tiene principio interno de limitación” y que mediante él se impone “un modo de vida determinado al que los individuos deben someterse, y toda persona o grupo que, por una razón u otra, no quiere o no puede acceder a ese modo de vida se encuentra marginado por el juego mismo de las instituciones” (Foucault, 1991:215-220).

ciertas formas de autoridad, en relación con discursos de verdad, por medio de prácticas de sí, en el nombre de la vida o la salud colectiva o individual” (Rabinow y Rose, 2006:197). En definitiva, estos modos de subjetivación, que también pueden ser equiparados a una suerte de ética del cuidado de sí —lo que Rose llamará una *ethopolítica* (Rose, 2001:17)—, son los que traccionan tanto la molecularización del cuerpo y de la vida como las estrategias de intervención en tales modos en tanto sustancias en permanente riesgo, que es la relación entre libertad y seguridad proyectada al futuro. Sin una *ethopolítica*, las vidas liminales no son llamadas a integrarse a diversas prácticas, permaneciendo en el terreno de la posibilidad técnica, y la biopolítica del riesgo no tiene dónde anclar. En definitiva, el concepto de un capital humano que yace en el cuerpo y la vida de los individuos permanecería en el terreno de la teoría neoliberal si no hubiera individuos convencidos de que ese capital efectivamente existe y debe ser mejorado y cuidado.

Aquí puede comprenderse, entonces, la profundidad de la imbricación entre biopolítica y gubernamentalidad tal como la exhibió el propio Foucault cuando admitió que el concepto de *biopolítica* era insuficiente para captar el movimiento de lo que estaba investigando. Es mérito de Rabinow y de Rose, entre otros, haber continuado la senda sugerida por aquella interrupción. Por lo demás, esta reinterpretación de la biopolítica no es sólo un conjunto de operaciones teóricas que buscan la coherencia conceptual del pensamiento sobre la biopolítica; se trata de un esquema de interpretación para hacer inteligible un cúmulo considerable de prácticas: el consumo de productos dietéticos, el sometimiento a cirugías estéticas y camas solares, los *piercings* y tatuajes, el uso de cosméticos, el recurso a las terapias corporales, la ingestión de psicofármacos, la lectura de obras de autoayuda, la recuperación de disciplinas orientales de la más diversa índole, las llamadas “terapias alternativas” de inspiración sistémica, etc. En todas éstas el cuerpo aparece como superficie de inscripción, tabla de salvación, objeto de muestra que a la vez expresa y materializa al sujeto que lo lleva, como instancia de retorno a “otra vida”. Estas prácticas expresan un renacimiento de la biopolítica que no coincide con las diversas líneas expuestas al comienzo de este artículo. Quizá el

tono tajante con el que Virno buscaba religar la reflexión foucaultiana con el concepto marxista de *fuerza de trabajo* responda a la sensación de que la proliferación de la biopolítica en la teoría no explicaba el renacimiento de la biopolítica en la práctica.

En la ethopolítica, el objetivo a alcanzar es la “optimización de la salud” (Rose, 2001:17), un proceso infinito si se tiene en cuenta la definición de *salud* de la Organización Mundial de la Salud (OMS). La salud se expresa en las relaciones, ahora mucho más complejas, entre cuerpo y vida dentro del mismo individuo, que se convierte así en una “individualidad somática”. En ésta, “los recientes desarrollos de las ciencias de la vida, la biomedicina y la biotecnología, son asociados con una ‘somaticización’ de la personalidad en una variedad de prácticas y estilos de pensamiento” (Novas y Rose, 2000:491). Esta variedad es a lo que se refiere Foucault con la noción de *dispositivo* (Foucault, 2001b; Deleuze, 1990; Agamben, 2007). En este sentido, la investigadora argentina Flavia Costa acuñó el concepto de *dispositivo fitness*, que se refiere a la necesidad de que el cuerpo “encaje” (*to fit*) en las exigencias de la salud —una salud vinculada, es importante mencionarlo, a lo joven y lo esbelto— y en la persecución indefinida de esa necesidad, pues se trata de un proceso permanente y sin final garantizado. Que sea permanente hace que sea eficaz en tanto modo de subjetivación. El dispositivo *fitness* “organiza nuevos consumos”, “reorienta viejas y nuevas prácticas (hacer ejercicio físico no para ser más sanos y fuertes, sino para lucir mejor)” y “desvía energías no utilizadas ni utilizables en el mundo del trabajo y la producción (control social mediante un infinito empleo del tiempo en la seducción o bien, para los estéticamente pobres, en la observación pasiva del espectáculo)” (Costa, 2007). En el dispositivo *fitness*, el cuerpo es considerado un ensamble material modificable desde fuera y desde dentro, como material humano y molecularizado, en el cual el riesgo se expresa como pérdida del valor estético, o mejor aún, siguiendo la significación neoliberal, como disminución del capital humano en su vertiente estética. Si en el nivel del saber el cuerpo entra en un nuevo orden de composición con la vida y si en el nivel del poder dicho orden está gobernado por el riesgo, en el modo de subjetivación el cuerpo deja de tener sólo un valor de uso o de cambio —la fuerza

de trabajo— para pasar a ser un “cuerpo *alter ego*”, esto es, un cuerpo que es “un socio al que se le pide la mejor postura, las sensaciones más originales, la ostentación de los signos más eficaces (Le Breton, 1995:154). Este valor de exhibición conceptualizado por Costa quizá implique, en realidad, un nuevo aspecto de la fuerza de trabajo, pues, fundamentalmente en el sector de la producción de servicios, la imagen es cada vez más el componente primordial de la actividad laboral. En este sentido, el dispositivo *fitness* expresa la conversión en prácticas subjetivantes del capital humano de la teoría neoliberal, un capital que debe cuidarse desde la “individualidad somática”. Se ve, entonces, cómo incide este dispositivo en lo que antes llamamos la biopolítica de la fuerza de trabajo.

Otro elemento perteneciente a esta ethopolítica es el dispositivo genético en sus múltiples dimensiones; en primer lugar, en la dimensión de todo lo que este dispositivo supone respecto del dispositivo de sexualidad analizado por Foucault. La genética del ADN, en su alianza con la biología molecular, permite manipular los procesos de reproducción sexual y algunos mecanismos de la herencia que antes dependían de la regulación del acto sexual bajo la tutela simbólica de las teorías de la degeneración hereditaria. Esta manipulación no afecta sólo los cromosomas, sino también el desarrollo del feto dentro del útero una vez que se identificaron anomalías en ellos. Por otro lado, más allá de la genética, todo el campo de la fertilización asistida logra reconstruir la fecundación del óvulo fuera de los cuerpos en contacto sexual mediante el ensamblaje de un vasto aparato técnico: bancos de esperma, ovulación inducida farmacológicamente en el cuerpo de la mujer, conservación de óvulos en cámaras frigoríficas, fecundación *in vitro*, etcétera. En segundo lugar, la genética logra reunir simbólicamente un conjunto de características asociadas a la verdad que el sujeto cree poder enunciar de sí mismo, tal como lo hace respecto de la sexualidad (Sibilia, 2005:231). Así, los genes resultan de algún modo sobredeterminados como antes lo era el sexo, pues parecen ser responsables de una gran variedad de conductas que en otro momento se habrían explicado por causas socioeconómicas, amén de desencadenar procesos subjetivos decisivos en aquellas personas que saben que poseen una enfermedad hereditaria de expresión casi

segura (mal de Parkinson, mal de Huntington, enfermedad de Tay Sachs, etcétera). Finalmente, el dispositivo genético actúa no sólo en relación con estos desarrollos recientes de la genética, sino también en el espacio de cierta búsqueda de la génesis de enfermedades futuras para las cuales es necesario conservar materia biológica aún no desarrollada. Es el caso de la crioconservación de tejidos, como planteaban Catts y Zurr, pero también de la investigación en las células madre, que son células pluripotenciales que podrían servir en un futuro para regenerar aquello que se “degeneró” en la vida de un individuo.

Es posible decir que los dispositivos *fitness* y genético están integrados en un dispositivo general que podría denominarse “dispositivo de la salud perfecta”, siguiendo la expresión de Lucien Sfez (Sfez, 2008). Este dispositivo responde a los efectos de la verdad del informacionalismo, así como el dispositivo de sexualidad y el racista respondían a la razón evolucionista. La capilarización infinita del cuerpo y la vida, su descomposición y recomposición en espacios sociotécnicos, permiten que se busque en los elementos vitales la pureza del origen que resista el paso del tiempo, que era, justamente, la variable principal de la semántica evolucionista: la selección natural, o artificial, no es otra cosa que el paso del tiempo en individuos que integran una especie y que son eliminados o mantenidos en la existencia por la relación de esa especie con su ambiente. En el dispositivo de la salud perfecta, en cambio, individuos, especies y ambientes pueden ser recombinados en diversas escalas con el objeto de devolverlos a una situación fuera del tiempo. Sfez analiza tres casos emblemáticos: el proyecto Genoma Humano, que busca encontrar las enfermedades en los genes para tratarlas en éstos, no en los cuerpos; el proyecto norteamericano Biósfera II, que intenta reconstruir la biósfera completa de la Tierra en unos pocos metros cuadrados en el desierto de Arizona, y el proyecto de Vida Artificial, en el que se intenta crear “una alternativa sintética a las formas de vida producidas por el hombre” (Sfez, 2008:269). En estos tres proyectos se devela la utopía de una salud perfecta que “nos devuelve la realidad original anterior al inicio del mundo. Nos la devuelve en el porvenir. Nos la devuelve por fabricación”; gracias a la salud perfecta, “la nueva mo-

ral de lo cotidiano pasa por el control del cuerpo”; “nuestro cuerpo trasplantado, restaurado, sometido a transformaciones genéticas es el fundamento último de lo real” (Sfez, 2008:329-330).

El dispositivo de la salud perfecta vendría a subrayar la potencia simbólica que se manifiesta en las prácticas y las instituciones que constituyen los dispositivos *fitness* y genético; y al referirse al cuidado del ambiente, integra la problemática que planteaba el proyecto de Moheau sobre una “biopolítica del ambiente”. Sin duda, el control del gobierno sobre el ambiente incluiría, en su seno, la posibilidad de reproducir a pequeña escala la biosfera completa para poder disponer de esquemas precisos sobre la relación entre minerales, vegetales, animales y hombres. Pero lo decisivo para delinear lo peculiar de las biopolíticas contemporáneas es el hecho de que este cuidado del ambiente se realiza en nombre de la salud de los individuos, desde la emisión de gases tóxicos hasta la prohibición de fumar en lugares públicos, conforme al desplazamiento ya mencionado de las responsabilidades biopolíticas del Estado a los individuos. Sin duda, el Estado es el que sigue tutelando dichas responsabilidades porque es el que sanciona las leyes. Pero la participación de los individuos como ciudadanos que reclaman derechos sobre la vida, la emergencia de una “ciudadanía biológica” (Novas y Rose, 2003) prevista en el Plan Beveridge, es algo que apenas se atisbaba en la biopolítica del siglo XIX y primera mitad del XX.

Las tres biopolíticas (molecular en el terreno del saber, del riesgo dentro de la gubernamentalidad y la ethopolítica en el ámbito de los modos de subjetivación), combinadas con los tres dispositivos (genético, *fitness* y salud perfecta) permiten establecer un criterio de demarcación de lo que hoy puede considerarse específico de las formas contemporáneas de gestión de las relaciones entre política, cuerpo y vida. Tal criterio de demarcación señalaría que la novedad en materia de biopolítica consiste en que el cuerpo y la vida biológicos, se trate de vegetales, animales, hombres o cosas, son directamente el centro de la gubernamentalidad, del gobierno de sí en relación con el gobierno de los otros, por medio de la búsqueda de la salud perfecta. El plano de estas biopolíticas intersecta el plano de las biopolíticas expuestas al inicio de este escrito, pero no se con-

funden, y en algún punto genera bifurcaciones, como son los casos del dispositivo genético respecto del dispositivo de sexualidad; el de la biopolítica del riesgo respecto de la biopolítica racista (Foucault, 2007:268-269; Rabinow y Rose, 2006:207); el dispositivo *fitness* respecto de lo planteado por la biopolítica de la fuerza de trabajo.¹³ Todas estas bifurcaciones pueden ser entrevistas en los mismos cursos en los que Foucault abre el panorama de la biopolítica a las temáticas de la libertad y la seguridad, las relaciona con la individualización de las prácticas y desde ésta apunta a definir la cuestión del capital humano, que recién en la década de 1990 sería evidente con la expansión del modelo neoliberal. En este sentido, *Seguridad, territorio, población* y *Nacimiento de la biopolítica* expresan, con mejor claridad que las obras hasta el momento más exploradas (*La voluntad de saber*, *Defender la sociedad*), lo que está en juego en las biopolíticas contemporáneas.

Ahora bien, esta redefinición de las estrategias biopolíticas en las sociedades occidentales contemporáneas también está acompañada de una respuesta, librada en el terreno político y filosófico, que apunta a definir la vida por fuera de estos dispositivos de captura (Heller y Feher, 1995; Iacub, 2004; Novas y Rose, 2003; Esposito, 2007; Hardt y Negri, 2002): una suerte de “biopolítica positiva”. Aunque esto no pueda ser desarrollado aquí, es imprescindible resaltar que tal respuesta debería tomar en cuenta que quizá no sea posible pensar en una biopolítica positiva si se mantiene la relación con la verdad, ahora encarnada en los nuevos saberes biomédicos. Después de todo, el reconocido “giro” de Foucault hacia la Antigüedad grecorromana —que es el desenlace de su pasaje de la biopolítica a la gubernamentalidad— está bajo el signo de la recuperación de definiciones éticas de la vida que suspenden el nexo entre el sujeto y la verdad, tal como lo formula la modernidad por medio de la idea de *conocimiento* (Foucault, 2006b). Sólo contrarrestando ese poder de asignación de la vida y el cuerpo, presente en los dispositivos mencionados, será posible borrar

¹³ Tanto Maurizio Lazzarato (2009b) como Nikolas Rose (2008) sostienen que esta captura del capital humano, tal como la formula la teoría neoliberal, puede ser comprendida como el plegamiento de la biopolítica en una bioeconomía.

otra de las sombras que el nazismo proyecta sobre nuestros días. El régimen del Tercer Reich no sólo hizo coincidir la máxima disciplina con el máximo poder soberano de muerte, también promovía, por ejemplo, la lucha contra el cigarrillo, el vegetarianismo, el consumo de alimentos integrales, ricos en fibras y vitaminas, y advertía acerca de la sobremedicación y del peligro de la exposición al asbesto y los rayos x (Rabinow y Rose, 2006:201).

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (1995), *Homo sacer I. El poder soberano y la nuda vida*, Pretextos, Valencia.
- ____ (2000), *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Pretextos, Valencia.
- ____ (2007), “Qué es un dispositivo”, <www.caosmosis.acracia.net>.
- Ansermet, Pierre y François Magistretti (2006), *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, Katz, Buenos Aires.
- Beck, Ulrich (1998), *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona.
- Castel, Robert (1984), *La gestión de los riesgos. De la antipsiquiatría al postanálisis*, Anagrama, Barcelona.
- Castro Orellana, Rodrigo (2007), “Gubernamentalidad y ciudadanía en la sociedad neoliberal”, Ponencia presentada en las IV Jornadas de Filosofía Política, Universidad de Barcelona, <www.ub.edu/demoment/jornadasfp/PDFs/2-GubernayCiudad%20en%20la%20SNeoliberal.pdf>.
- Catts, Oron y Ionat Zurr (2006), “Hacia una nueva clase de ser. El cuerpo extendido”, *Artnodes. Revista de arte, ciencia y tecnología*, núm. 6, <www.uoc.edu/artnodes/6/dt/esp/catts_zurr.html>.
- Costa, Flavia (2007), “Antropotécnicas de la modernidad tardía. Bio-tanato-políticas y nuevos dispositivos de captura del cuerpo”, *Newsletter*, núm. 7, Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría, <www.soc.unicen.edu.ar/newsletter/nro7/nuestrosdocentes.htm>.
- Deleuze, Gilles (1990), “¿Qué es un dispositivo?”, en Gilles Deleuze *et al.*, *Michel Foucault, filósofo*, Gedisa, Barcelona.

- ____ (1999), “Posdata sobre las sociedades de control”, en Christian Ferrer (comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Altamira, Buenos Aires.
- ____ (2005), *Foucault*, Paidós, Buenos Aires.
- Dreyfus, Hubert y Paul Rabinow (2001), “Sobre la genealogía de la ética: una visión de conjunto de un trabajo en proceso” [entrevista con Michel Foucault], *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Esposito, Roberto (2005), *Immunitas. Protección y negación de la vida*, Amorrortu, Buenos Aires.
- ____ (2007), *Bios. Biopolítica y filosofía*, Amorrortu, Buenos Aires.
- ____ (2009), *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (1991), “Seguridad social: un sistema finito frente a una demanda infinita”, *Saber y verdad*, Ediciones de la Piqueta, Madrid.
- ____ (1996a), *Genealogía del racismo*, Altamira, Buenos Aires.
- ____ (1996b), “La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina”, *La vida de los hombres infames*, Altamira, Buenos Aires.
- ____ (1996c), “Historia de la medicalización”, *La vida de los hombres infames*, Altamira, Buenos Aires.
- ____ (1998), *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- ____ (2001a), “El sujeto y el poder”, en Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- ____ (2001b), “Le jeu de Michel Foucault”, *Dits et écrits*, tomo 2: 1976-1988, Gallimard, París.
- ____ (2006a), *Seguridad, territorio, población*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- ____ (2006b), *La hermenéutica del sujeto*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- ____ (2007), *Nacimiento de la biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- ____ (2008), *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad*, vol. 1, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Fox Keller, Evelyn (2000), *Lenguaje y vida. Metáforas de la biología en el siglo XX*, Manantial, Buenos Aires.

- Hacking, Ian (1991), *La domesticación del azar. La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos*, Gedisa, Barcelona.
- Haraway, Donna (1995), “La biopolítica de los cuerpos postmodernos: constituciones del yo en el discurso del sistema inmunitario”, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Catédra, Madrid.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2002), *Imperio*, Paidós, Buenos Aires.
- Heller, Agnes y Ferenc Feher (1995), *Biopolítica. La modernidad y la liberación del cuerpo*, Península, Barcelona.
- Iacobucci, Marcela (2004), “Las biotecnologías y el poder sobre la vida”, en Didier Eribon (comp.), *El infrecuente Michel Foucault. Renovación del pensamiento crítico*, Letra Viva/Edelp, Buenos Aires.
- Lazzarato, Maurizio (2006), *Políticas del acontecimiento*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- ____ (2009a), “Del biopoder a la biopolítica”, <<http://caosmosis.acracia.net>>.
- ____ (2009b), “Biopolítica / Bioeconomía”, <<http://caosmosis.acracia.net>>.
- ____ (2009c), “Por una redefinición del concepto ‘biopolítica’”, <<http://caosmosis.acracia.net>>.
- Le Breton, David (1995), *Antropología del cuerpo y modernidad*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Nancy, Jean-Luc (2003), “Notas sobre el término ‘biopolítica’”, *La creación del mundo o la mundialización*, Paidós, Barcelona.
- ____ (2006), *El intruso*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Novas, Carlos y Nikolas Rose (2000), “Genetic Risk and the Birth of Somatic Individual”, *Economy and Society*, vol. 29, núm. 4, Routledge, Londres.
- ____ (2003), “Biological citizenship”, en Aihwa Ong y Stephen Collier (comps.), *Global Anthropology*, Blackwell, Londres.
- Organización Mundial de la Salud (2006), “Constitución de la Organización Mundial de la Salud”, <http://www.who.int/governance/eb/who_constitution_sp.pdf>.

- Rabinow, Paul (1996), “Artificialidad e Ilustración. De la sociobiología a la biosocialidad”, en Jonathan Crary y Sanford Kwinter (comps.), *Incorporaciones*, Cátedra, Madrid.
- ____ y Nikolas Rose (2006), “Biopower Today”, *BioSocieties*, núm. 1, London School of Economics and Political Science, Londres.
- Rodríguez, Pablo Esteban (2005), “Evolucionismo e informacionalismo. Transformaciones de las metáforas biológicas en las ciencias sociales y humanas”, ponencia presentada en las Terceras Jornadas de Investigadores Jóvenes del Instituto de Investigaciones Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires), <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/Jovenes_investigadores/3JornadasJovenes/Templates/Eje%20Conocimientos%20y%20saberes/RODRIGUEZ_CONOCIMIENTO.pdf>.
- ____ (2008a), “¿Qué son las sociedades de control?”, *Sociedad*, núm. 27, Prometeo/Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires), Buenos Aires.
- ____ (2008b), “La genética, la inmunología y los nuevos ámbitos de medicalización”, en *Revista de historia y humanidades médicas*, vol. 4, núm. 1: <<http://www.fmv-uba.org.ar/histomedicina/Rodriguez%20-%20La%20genetica.pdf>>.
- Rose, Nikolas (2001), “The Politics of Life Itself”, *Theory, Culture and Society*, vol. 18, núm. 6, Sage, Londres.
- ____ (2008), “The Value of Life: Somatic Ethics and the Spirit of Biocapital”, *Daedalus*, vol. 137, núm. 1, American Academy of Arts and Sciences/MIT Press, Cambridge.
- Sfez, Lucien (1995), *Crítica de la comunicación*, Amorrortu, Buenos Aires.
- ____ (2008), *La salud perfecta. Crítica de una nueva utopía*, Prometeo, Buenos Aires.
- Sibilia, Paula (2005), *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Sloterdijk, Peter (2003), *Temblores de aire: en las fuentes del terror*, Pretextos, Valencia.
- Tirado, Francisco (2008), “La semántica de la biopolítica”, *Atenea digital*, núm. 14, <<http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/513>>.

- Ugarte Pérez, Javier (2006), “Biopolítica. Un análisis de la cuestión”,
Claves de razón práctica, núm. 166, Progres, Madrid.
- Virno, Paolo (2002), *Gramática de la multitud. Para un análisis de las
formas de vida contemporáneas*, Colihue, Buenos Aires.